

con quienes tratan y comunican : « ello es cierto » que son pícaros y bribones , pero es menester » divertirse y no hacer caso de nada ».

En general , se tolera y perdona con facilidad á los perversos el mal que hacen á los demas , porque en la confusion del mundo no se hacen tan temibles , como debieran serlo , los corrompidos y viciosos. Se escucha con placer al que murmura , infama y calumnia á nuestros semejantes , con tal que tenga gracia y talento para hacerlo. Asi es que el hombre del mas dañado corazon pasa á menudo por *chistoso y divertido*. El amor propio de los que dan oidos á un malvado que los divierte , los persuade que este cambiará de estilo y caracter en tratándose de ellos , y que no se les atreverá , como se atreve con los otros. Mas sin embargo esto es lo que sucede con frecuencia ; y entonces el hombre *chistoso y decididor* es en dictámen de ellos un monstruo abominable.

Todo el mundo reconoce en la teórica el peligro de los tratos y conexiones del mundo , mas le olvida en la práctica. Nada es menos agradable y seguro que las casas abiertas y francas á cuantos se presentan en ellas. Las gentes cuya vanidad se ofusca con la idea de tener una numerosa tertulia , debieran temer muchas veces encontrar con personas sospechosas y perjudiciales. Cuando á uno se le da entrada por su nombre , título , genio ó agradables talentos , y á veces por solo su vestido , hay gran riesgo

de arrepentirse un dia de haberle admitido en su casa. Las dotes y cualidades del sugeto son las que deben averiguarse con el mayor cuidado antes de unirse á él. Mas las gentes del mundo hacen poco aprecio de los hombres de bien , que regularmente les fastidian y molestan : y á similitud de los niños , huyen de las personas sensatas , porque las pueden incomodar en sus vanos y pueriles recreos.

Es un inconveniente harto comun en el mundo , la facilidad con que los hombres se presentan unos á otros en las tertulias y sociedades. Las personas sensatas no admiten indiferentemente á todo el mundo ; y todo hombre racional y prudente se abstiene de presentar é introducir , aun en casa de sus mas íntimos amigos , á las personas que conoce poco ó nada tienen de conforme á los gustos , caracter , y costumbres de aquellos á quienes las presenta. Son muchos los engaños en esta parte ; cada uno se imagina que el hombre que á él le agrada , tiene cualidades para agradar á todo el mundo , siendo asi que las mismas propiedades con que un hombre nos agrada , le hacen desagradable á otros. El talento de hermanar á los hombres es raro , como lo veremos muy pronto ; mas contribuye mucho al placer de la sociedad , y causaria mucho mas en el trato del mundo.

La vida social exige que , sin ofender la justicia , todo hombre prudente observe las leyes

del *décoro*, el cual no es mas que la conformidad de la conducta con lo que la sociedad, donde se vive, ha juzgado conveniente. Por consecuencia, el *décoro* prescribe no combatir abiertamente las costumbres y modos de obrar generalmente adoptados, cuando nada tienen de contrario á la virtud, esto es, á la decencia natural, siempre superior á la decencia y decoro de convencion.

La razon, pues, condena la conducta insolente y chocante del cinismo antiguo, que hacia alarde de insultar toda decencia en las costumbres: tambien vitupera esa filosofia que solo se complace en contrariar agria y severamente los usos inocentes, haciéndose notable por su singularidad. Se celebra en Pitágoras haberse sabiamente acomodado con todo el mundo; su máxima era *no salir del camino comun*. Todo hombre que afecta singularidad anuncia un alma ocupada de pequenezes, para él de la mayor importancia. Esta estravagancia del espíritu por su novedad parece al pronto que interesa, mas el público, vuelto en sí de su sorpresa, castiga comunmente con el desprecio al hombre singular, descubriendo en él prontamente su necia vanidad. *Los modos de obrar singulares y fuera del orden comun, todos á mi parecer, dice Montaigne, nacen mas bien de la locura, ó de una afectacion ambiciosa, que de la verdadera y sana razon.*

No es justo ni permitido separarse de los

usos prescritos por las convenciones, sino cuando son evidentemente contrarias á la recta razon y equidad natural, y por lo tanto al bien de la sociedad. Caton obró cuerda y prudentemente en salirse de un espectáculo, donde iba á presentarse una muger desnuda á la vista impúdica de un pueblo corrompido.

Se puede y debe ser decente aun en medio de una sociedad de costumbres criminales y viciosas: todo hombre de bien debe rehusar el tener parte en la depravacion general, porque sabe que esta es esencialmente mala y perjudicial; y no es él entonces singular sino para aquellos cuyos juicios desprecia.

La decencia natural se funda en las conveniencias necesarias de los que viven en sociedad, en el interes constante de los hombres, en la virtud: esta decencia nos prohíbe las acciones aprobadas por el público, cuando son evidentemente opuestas á las buenas costumbres; sus leyes deben ser en todo tiempo preferidas á las opiniones, las costumbres y convenciones arbitrarias, autorizadas por la sinrazon de los pueblos, los cuales muchas veces se forman ideas falsas del *décoro*. Se cuenta que hay naciones salvages donde las mugeres tienen la costumbre de prostituirse con los estrangeros, y se tienen por ultrajadas de los que rehusan y resisten á sus favores y caricias; el Ingles, que acordándose de que habia dejado á su esposa en su patria, se negó á esta costumbre impú-

dica, pudo muy bien parecer ridículo á estas mugeres sin pudor, pero se hizo estimable á los ojos de todos los entes racionales.

Las mismas naciones corrompidas respetan regularmente la decencia, y se muestran indignadas contra su violacion. Esta especie de hipocresía nos prueba que los hombres mas viciosos se avergüenzan de sus desórdenes, y no pueden consentir en que se los tenga por lo que son en realidad. Una muger viciosa se sonroja y avergüenza al ver en público una cosa inmodesta, y oir dichos y palabras obscenas (1).

El *decoro* es la conformidad de nuestra conducta con el tiempo, lugares, costumbres, circunstancias y personas con quienes vivimos; consiste en dar á los hombres y á las cosas el

(1) En las naciones civilizadas y sin buenas costumbres es casi imposible sacar á la escena los vicios y desórdenes que mas reinan en el mundo, porque el público entonces gritaria contra esto como indecente; y las personas culpables de estos vicios no serian las últimas á quejarse de que se les ofendia. La escasez de buenos argumentos para la comedia, y la uniformidad de las piezas dramáticas provienen de la delicadeza hipócrita de los espectadores: estos sólo quieren y apetecen indecencias artificialmente encubiertas, á fin de escusarse de pecar groseramente contra la decencia que tanto fingen respetar. Muchas piezas de Moliere, las cuales fueron aplaudidas en el siglo pasado, serian hoy gritadas con indignacion. ¿Probará esto que el público de nuestros dias es mas virtuoso y morigerado que el de aquel tiempo? No por cierto; esto prueba que el público de hoy es mas civilizado ó menos franco, y que sabe mejor que antes, que es vergonzoso elogiar las cosas contrarias á la decencia.

lugar que les corresponde, y á cada cual lo que es suyo; de donde se infiere que se funda en la equidad, que nunca puede aprobar las cosas injustas y deshonestas. Faltar al decoro es faltar á la justicia. La educacion, el ejemplo y uso del mundo nos dan ideas verdaderas ó falsas del decoro; á la razon ilustrada es á quien pertenece el juzgar de él sin apelacion.

El decoro nos prohibe chocar en nuestras acciones ó discursos con las personas con quienes vivimos: por consecuencia nos prescribe el huir de todo lo que puede excitar en los otros ideas poco favorables de nosotros, ó representar á su imaginacion objetos desagradables. ¿Hay nada mas contrario al decoro que las palabras deshonestas y las conversaciones opuestas al pudor de que tanto abundan las tertulias y el trato familiar? Aunque el uso parezca que autorize, á lo menos entre hombres, las conversaciones de este género, siempre sin embargo serán indecorosas á los que tengan el respeto debido á la honestidad de las costumbres.

Si las personas bien educadas se habituan á la limpieza y aseo exterior para no descubrir á la vista objetos desagradables y sucios, deben tambien tener esta misma consideracion respecto del oido. No se puede menos de vituperar y proscribir de toda conversacion esos permenores asquerosos de achaques y enfermedades, que sin reserva alguna se hacen unas á otras, personas que por su educacion debieran

ser mas reservadas. En este punto nos contentaremos con decirles que los razonamientos y conversaciones no deben dejar en el ánimo de los oyentes sino es imágenes en cuya contemplacion puedan detenerse con placer y sin peligro.

Los *buenos modales* son los modos de comportarse en el mundo, introducidos por el uso y las convenciones de la sociedad; estos consisten en el porte, en los movimientos y actitudes del cuerpo, y en la manera de presentarse *etc.*, cuyo hábito nos facilita la educacion y el ejemplo: y aunque indiferentes en sí mismos, debemos conformarnos con ellos, so pena de ser tenidos por descorteses y mal criados. Mas en estos modales es menester tambien evitar la afectacion, que siempre hace ridículos á los hombres.

Para ser agradable en el mundo no basta poseer ciencia, talentos y virtudes, sino que es necesario ademas usar de ellas de un modo interesante y apacible. El hombre de bien no debe mirar con indiferencia el título y opinion de hombre amable. Es una negligencia, una necedad ó presuncion, y no mérito, despreciar los medios capaces de conciliarse la opinion pública; los ademanes ridículos, los modales inusitados, un exterior asqueroso, y desaliñado, un tono bronco y grosero, una ingenuidad inoportuna, una ignorancia rústica de los usos recibidos, son cualidades que molestan ó excitan

la

la risa. Es cosa necia é impertinente desatender ó ignorar los modos de comportarse consagrados por el consentimiento de los hombres. Los buenos modales son el colorido del mérito. La virtud se perjudicaria á sí misma, si rehusase los adornos que la hacen mas interesante y atractiva. El hombre sabio no se afrenta de sacrificar á las gracias.

Por no reflexionar de este modo, muchas personas de mérito aparecen ridículas y sin cabimiento en el mundo. Este, aunque por lo comun perverso, tendrá justa razon para despreciar la sabiduría y virtud, cuando las hallare desnudas de las gracias que mira con aprecio. Por otra parte, el mundo no puede por lo comun juzgar sino del exterior; sus juicios son superficiales, y por tanto falibles; mas sin embargo no dejan de tener siempre algunos fundamentos. La ignorancia de los buenos modales anuncia una educacion descuidada, falta de reflexion, y descuido vituperable. Un exterior desaliñado indica el desórden del ánimo. Así como una hermosa fisonomía previene favorablemente á su primer aspecto, así tambien los buenos modales, fáciles, naturales y agraciados, descubren unas laudables disposiciones, como son el deseo de ser amado, el temor de ofender, el trato de gentes, el conocimiento de las consideraciones debidas á la sociedad, y una constante atencion á no faltar ni mostrarse contrario á ellas.

Tomo III.

UNIVERSIDAD, K NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

El verdadero *saber vivir* no es mas que el conocimiento y práctica de los modos de obrar para conciliarnos el aprecio y amistad de las personas con quienes vivimos. Estos modales son buenos cuando nada tienen de contrario á la virtud y la hacen mas agradable é insinuante. Aunque nada sea mas engañoso que las demostraciones exteriores, á pesar de esto, es cierto que un exterior agradable, sencillo y decoroso anuncia un interior justo y arreglado. Los buenos modales son la espresion de una alma noble y buena. La virtud misma se hace molesta y enfadosa bajo una forma agreste y salvaje.

Cuando hablamos de los modales que la moral prescribe al hombre sabio y prudente, no decimos por esto que se conforme con esos modos de obrar impertinentes, esas modas ridículas y variables, ese lenguaje formulario y pasajero, y esos gestos y visages, en que tantos necios y tantas mugeres presumidas fundan lo que llaman *buen tono*. Semejantes modales son efectos de una necia vanidad, desagradables á las personas sensatas, cuyo solo voto y opinion debe consultar el hombre cuerdo. Así que distingamos los que un mundo fútil llama *bellos modales* de los que justamente son *buenos modales*: estos nacen del afecto y respeto que todos debemos á la sociedad. ¿ Hay cosa mas insultante para esta que los ademanes francos y libres de un petimetre, los afectados atolondramientos de una coqueta,

la desatencion estudiada de una multitud de entes hechos de figura, los cuales todos, creyendo hacerse estimables con sus impertinentes modales, se hacen odiosos y despreciables? Si los modales viles y groscros pueden ser dañosos al mérito, los afectados de la fatuidad no le son menos perjudiciales. El hombre de bien nunca debe confundirse en el número de los locos; debe aspirar á complacer á las personas racionales, y no á la multitud sin juicio ni razon, de quien antes bien debe huir. Una débil complacencia con los caprichos de la moda degradaria á un hombre prudente, y le haria despreciable; de los hombres escogidos, y no de un mundo vano y frívolo, debe ambicionar el aprecio y amistad. Los modales desatinados, ligeros y evaporados no son propios de un hombre sociable, el cual ha de acreditar siempre con su porte que cuida de complacer á sus asociados. Los modales soberbios, vanos y arrogantes son agenos del que desea merecer la benevolencia de los demas; el hacerse ridiculos é insoportables es privativo de los tontos y necios. Un fatuo presumido solo consigue con sus *bellos modales* perder la consideracion de que se creia muy seguro.

Para hacernos amables es preciso que nuestros modales anuncien á los otros modestia, complacencia, dulzura, deseo de agradar y temor de ofender. Los modales usados en el mundo no son por lo comun sino apariencias

poco sinceras, porque los hombres fáciles en amistades no tratan á gentes merecedoras del afecto : la verdadera cortesía y los buenos modales solo se encuentran en los que se aman y estiman con sinceridad.

En una palabra, el trato de la vida exige que nos habituemos á hacer lo que puede agradar, y á huir ciudadosamente de todo lo que puede incomodar á los que viven con nosotros. El hombre verdaderamente sociable debe observarse aun en las mas pequeñas cosas; las faltas reiteradas con frecuencia no dejan con el tiempo de chocar á nuestros asociados. La atencion y exactitud son cualidades laudables en la sociedad; ellas se hacen fáciles y agradables cuando el hábito las ha hecho familiares.

No obstante esto, á los ojos de muchas gentes, *la exactitud es virtud de necios* : mas lo que contribuye á conciliarnos la benevolencia, no debe nunca ser tratado de necedad, ni debemos en manera alguna despreciar una cualidad, sin la cual somos molestos y desagradables aun á nuestros mas íntimos amigos. La inexactitud anuncia por lo comun ligereza ó vanidad. La escrupulosa atencion y cuidado de no ofender á otros son disposiciones apreciables, porque demuestran y acreditan el temor de disgustarlos. ¿No es cierto que toda la vida social debe tener por único fin hacerse amable? La exactitud por consecuencia es necesaria, á no ser en aquellas sociedades frívoias, en que el hombre, perpe-

tuamente distraido y arrebatado de placeres pasajeros y repentinos caprichos, no sigue jamas en su conducta ninguna direccion constante (1).

Si el descuido, la inadvertencia, la ligereza, el atolondramiento y la indiferencia sobre lo que se debe á las personas con quien se vive, son disposiciones capaces de alterar á la larga, y aun de aniquilar la general benevolencia, conviene, pues, no descuidar en el trato de la vida las atenciones con que probamos á los otros que pensamos en ellos, y que no olvidamos, sino que tenemos siempre muy presente lo que les debemos. El hombre atento está seguro de agradar; sus cuidados le son agradecidos; y cada uno siente en su corazon que es digno de su gratitud. Las atenciones *delicadas* son aquellas que se anticipan al deseo; pues suponen que se procura acertar con nuestra inclinacion, sin que se manifieste esta; y son indicio de la agudeza y penetracion en adivinar los pensamientos de las personas á quienes se desea obligar; y de sagacidad y discrecion en dispensar los beneficios.

En general, la atencion es necesaria cuando se quiere caminar bien y seguramente por el sendero estrecho y escabroso de la vida. Ella

(1) Un hombre de talento aconsejaba á un amigo suyo que jamás permitiese que le esperasen, para evitar que en el entretanto el que le esperaba repasase sus defectos. *Aspettare è non venire*, segun los Italianos, produce una mortal impaciencia.

es tan precisa en lo físico como en lo moral: la destreza ó finura es el fruto de la atención; la torpeza desagrada y perjudica, porque nos hace inútiles á nosotros y á los demás. La *desmaña* ó rusticidad nos espone á la risa. El hombre que quiere agradar en el mundo debe atender á no dar ocasión á ser ridículo, porque esto siempre aminora el aprecio y la estimación. Cuidadoso de sí, el hombre se corrige poco á poco, y el hábito hace fácil lo que al principio parece difícil ó imposible. Un fatuo, un presumido, un tonto, son incapaces de corregirse.

Estos pormenores, que á muchos parecerán quizá minuciosos y pesados, no deben sin embargo mirarse con negligencia, cuando se quiere vivir agradablemente en el mundo. Todo lo que contribuye á estrechar mas y mas los vínculos del cariño entre los hombres no es ciertamente desatendible en manera alguna. Es arrogancia, es altivez y necedad creerse uno dispensado de practicar aquello que puede granjearle la benevolencia, la cual ningun hombre debe tener en menos, sea cual fuere la idea que se forme de sus propios talentos y superioridad.

Entre las cualidades que distinguen á los hombres en el comercio de la vida, y les hacen apreciables, se deben colocar el talento, el buen humor, la alegría, la ciencia, los conocimientos útiles ó agradables, el buengusto, etc.

El talento nos agrada por su actividad; los dichos agudos y repentinos nos sorprenden, ofreciéndonos nuevas ideas, y presentando á nuestra imaginación pinturas que nos recrean: podemos definirle la facilidad de penetrar las relaciones de las cosas, y de explicarlas con gracia. El talento asentado y profundo es el que comprende con exactitud y precisión las cosas. El buen talento es el que entiende la correspondencia que tienen entre sí estas cosas, y en consecuencia obra como conviene; el que posee este talento puede con razón llamarse hombre de bien é ilustrado.

La mayor gloria del talento es conocer la verdad: él solamente es apreciable en cuanto es útil; mas en manos de un perverso es un arma cruel y terrible. El talento de un ente sociable debe ser sociable, esto es, contenido por la equidad, la humanidad, la modestia y el temor de ofender; el talento que se hace aborrecible, es una verdadera tontería; el temor fue siempre incompatible con el amor; y la estimación ha sido y será el amor de las cualidades del hombre.

El talento que brilla á costa de los otros, es un talento peligroso, capaz de turbar la tranquilidad y dulzura de la vida. Las mas de las tertulias se asemejan á aquellos sacrificios bárbaros en que eran sacrificadas víctimas humanas.

Por no prestar la debida atención á estas verdades, los hombres de talento perturban y

alarman muchas veces la sociedad. La vanidad que les inspira la idea de ser temidos, los persuade que todo les es lícito, que pueden abusar impunemente de sus talentos, y hacer que reconozcan los otros la superioridad; seguros de los aplausos de algunos admiradores poco delicados no los contiene la enemistad de aquellos á quienes ofenden con sátiras mordaces: aplaudidos por los envidiosos y malvados de que tanto el mundo abunda, suelen preferir locamente su aprobacion á la de los hombres de bien. En fin, por un extraño trastorno de ideas, la palabra *talento* es ya comunmente sinónima de malicia, petulancia, malignidad y locura.

Nada produce mas daños y molestias que la maledicencia, la cruel sátira y el espíritu de censura, talentos funestos, con los cuales muchos hombres pretenden distinguirse. La envidia, los zelos, y sobre todo la vanidad son, como hemos visto, las verdaderas causas de semejante conducta. Se critica á los otros, y se manifiestan y ponderan sus defectos, solo por ostentar su penetracion y su buen gusto; y por conseguir un placer tan fútil, se arriesga uno á grangearse un sinnúmero de enemigos. Los indiscretos discursos producen á cada momento odios inmortales, que tan terribles deben ser á todo hombre racional. Simonides decia que *muchas veces uno se arrepiente de hablar y nunca de callar*. Un hombre se hace mucho mas amable cerrando los ojos á los defectos de los otros,

que no apreciable por su prontitud en penetrarlos. *Callad, ó decid algo que valga mas que el silencio.*

El talento, para ser amable, debe estar adornado de bondad; el hombre de bien, con un regular talento, es preferible en el comercio de la vida al mas sublime talento inficionado de la malignidad. Los grandes talentos son raros; la sociedad no necesita continuamente de ellos, mas sí de las virtudes sociables. La dulce y apacible ingenuidad es preferible al talento é ingenio, y los hace mas apreciables cuando los acompaña. Leamos con placer las obras del hombre de talento, y del sabio que nos instruyen ó deleytan; mas vivamos con el hombre honrado y sensible, con cuya bondad podemos siempre contar. Elijamos por amigo al hombre de bien que teme desagradarnos y nos ama; prefirámosle á esos talentos terribles que ofenden y sacrifican á sus amigos con chistes y agudezas. Mas, por una ceguedad comun, se aprecia y desea mas pasar por hombre de talento que por hombre sensible y virtuoso: mas se quiere ser terrible que ser amable en las sociedades en que todo el mundo está en guerra.

Ningun hombre, cuando no es bueno, es agradable por largo tiempo en el trato de la vida. El hombre de talento, si es vano ó perverso, borra y disipa el placer que causa con sus escritos, y dispensa al público de su agradecimiento. Un talento dañino no hace bien sino á los envi-

diosos; mas en cambio aflige los corazones que lastima, é indigna á las almas justas. No hay monstruo mas temible que un hombre que reúne un malvado corazon á un sublime talento.

En la utilidad sola pueden fundarse legítimamente, como hemos dicho antes, el mérito y la gloria asignadas á los talentos diferentes del alma, á las letras, ciencias y artes, cuyo fin ha de ser sacar de los objetos diversos en que se ocupan medios de aumentar la suma de la felicidad social, y merecer de este modo el aprecio, el reconocimiento y gratitud del público. La gloria no es mas que la estimacion universal, merecida con talentos que agradan y hacen bien; dañar á sus semejantes, cuyo cariño debe procurar todo hombre, sea cual fuere su superioridad, es oscurecer esta gloria y hacerla dudosa.

A pesar de los preceptos rígidos y afflictivos de una moral austera y salvaje, que prescriben que una vida bien regulada debe ser triste y melancólica, nosotros diremos que el buen genio, la alegría y apacibilidad son cualidades lisongeras y laudables en el mundo; y que solamente pueden ofender á los misantropos envidiosos del contento de los otros. Mas esta alegría es vituperable cuando se ejercita de un modo inhumano, á costa del bienestar y tranquilidad de los conciudadanos. ¿No es rara y estraña la alegría que se complace en burlas picantes, en dichos ofensivos, y crueles y mordaces sátiras? ¿El ser sociable ó alegre es ir á un convite á

sacrificar una parte de los convidados á la risa de los otros? La malignidad, siempre inquieta y recelosa; puede ser compatible con la verdadera alegría, la cual nace siempre de una imaginacion risueña, de la seguridad del alma y la bondad del carácter.

La virtud inspira al ánimo una serenidad constante; la verdadera alegría es propia y privativa del hombre de bien: para ser franca y para, debe estar apoyada en una buena conciencia, que es la que produce únicamente la paz, el contento interior y un gozo sereno é imperturbable. La alegría es siempre mas viva en la compañía de personas amigas y de confianza. La presencia de un desconocido, ó de un hombre molesto, basta muchas veces para desconcertar el buen humor, y convertir en tristeza las concurrencias en que uno se prometia el mayor gozo y complacencia. El hombre no está alegre cuando se ve precisado á usar de mucha circunspeccion, ó tiene desconfianza; estas circunstancias impiden al espíritu abrirse y entregarse á una alegre satisfaccion y franqueza. Epicuro decia que *no es tan necesario mirar lo que se come, como á las personas con quienes se come*. Conocer á los hombres con quienes se vive, y hermanar bien á las gentes que se reúnen, es un arte difícil y desatendido (1).

(1) Plutarco elogia al filósofo Chilon por no haber querido concurrir á un festin que daba Periandro, sin saber antes quienes eran los convidados: y añade, que el mezclarse indiferen-

El fastidio , la ociosidad y el hastío que comúnmente atormentan á las gentes del mundo , hacen que , para tener alguna actividad , necesiten de grandes movimientos y agitaciones , y de cambiar continuamente de lugar y trato : fatigado el hombre de las personas que ve con frecuencia , espera encontrar en nuevas conexiones nuevos placeres ; siempre engañado en sus esperanzas ve y trata á muchas gentes , y no se une ni estrecha con nadie ; en medio de un torbellino continuo y agitado ignora las dulzuras de la amistad , de la confianza é intimidad ; por un abuso ridículo , degeneran las tertulias en corrillos tumultuarios y confusos , y así puede muy bien decirse que las personas mas favorecidas de la fortuna se valen de su opulencia para infatuarse á sí mismas : así las vemos siempre en movimiento siu jamas gozar de nada : la inquietud las persigue en el seno de los placeres , pensando siempre en otros nuevos. He aquí ciertamente el porque la alegría franca y verdadera es tan rara en las mesas de los ricos y grandes : únicamente afanados en ostentar su fausto , reúnen convidados , cuyas costumbres , ideas y estados son poco compatibles entre sí. El hastío preside á los convites y festines brillantes y molestos , porque las sociedades mas ilustres y famosas se componen regularmente

temente entre toda clase de gentes en un banquete , es proceder siu juicio y siu cordura. Plutarco : *Banquete de los siete Sabios*,

de combatientes armados , prontos siempre á contradecir y hacer guerra á los deseos y opiniones de los otros. El juego es el viuculo ordinario de las asambleas de esas gentes que nada tienen que decirse de útil ni de agradable.

Por otra parte, como los grandes y ricos, por una falsa idea de grandeza, tienen, por decirlo así, *casa abierta*, se facilitan al trato de las gentes, cuidando poco de conocer á los que componen su sociedad. Las personas que viven en una disipacion continua, no tienen tiempo para profundizar los caracteres; el apellido, los títulos, los modales exteriores, el arte de divertir, y el lenguaje insípido del grau mundo, son todas las cualidades que se requieren para ser recibido en las mejores sociedades: he aquí porque las vemos frecuentemente compuestas de gentes que ni se aman ni estiman cuando llegan á conocerse, ó por mejor decir, que no se conocen jamas en el fondo y en la realidad. Nada es menos agradable y entretenido que esas sociedades públicas, donde todo hombre prudente se ve precisado á vivir y conducirse con una reserva continua.

Lo confianza, dice el Duque de la Rochefoucault, *contribuye mas al buen trato que el talento*. La verdadera alegría supone cariño, amistad y entera exencion de temores y sospechas. En vano se buscaria todo esto en las concurrencias y banquetes en que cada uno re-

presenta lo que no es, ó donde, ocupado de los intereses de su amor propio, espia el de los otros, los mide y observa; y está mas dispuesto á irritarse ó á ofender, que á dar gusto y placer, ó á contribuir de buena fe á la complacencia y entretenimiento de todos. La vanidad no es alegre; siempre está inquieta, recelosa y reconcentrada en sí misma, y teme descubrirse. La alegría es propia de personas sencillas y buenas que están en libertad, viven cordialmente entre sí, y tienen un placer recíproco en estar unidas. No hay ni puede haber sociedad agradable entre los hombres sin la seguridad de encontrar en sus asociados consideraciones, urbanidad, benevolencia, sinceridad, indulgencia y amistad.

El verdadero contento no se ha hecho para las cortes de príncipes; el orgullo de la etiqueta debe desterrarle de ellas enteramente, y dar lugar á la reserva y al magestuoso fastidio. El contento igualmente está excluido de las asambleas de los grandes, siempre afanados en sus intrigas y ocultos intereses. Tampoco se encuentra en los festines de la opulencia, que solo halla placer en su lujo y su fausto. Tampoco es conocido en la frecuentacion de ambos sexos, ni en las cabalas literarias. En fin, seria en vano buscarle en la mayor parte de las brillantes tertulias, teatros donde ciertos fieros campeones se ofrecen á continuos combates, y donde los actores están siempre enmascarados.

Todo el que desea entretenerse y solazarse inocentemente debe, al entrar en una buena sociedad, olvidar, y hacer olvidar á los demas, su amor propio, sus pequeñeces, títulos y vanas pretensiones.

Nada es menos sociable y alegre que la sociedad desdeñosa, vana y arrogante, que se arroga exclusivamente el título de *buen sociedad*; las personas que la componen son cortesanos de profesion, enemigos unos de otros, que bajo la apariencia de una civilidad afectada, encubren unas almas dañadas y perversas: tales son los nobles infatuados de sus prerrogativas, siempre prontos á humillar á los otros con sus altivas pretensiones y deseos: tales igualmente las mugeres entregadas á intrigas, maquinaciones, criminales galanterías, y siempre zelosas las unas de las otras.

Unos proteos sin talento y sin carácter, que solo tienen el fatal arte de prestarse á los caprichos y al lenguaje de la frívola vanidad, son los que pasan por personas del *buen tono*. A los ojos del hombre de bien la *buen sociedad* es la que se compone de gentes honestas, virtuosas y bien unidas. El *buen tono* es aquel que mantiene la armonía social.

Por una justa compensacion, los pobres, el pueblo, los jóvenes, las personas de una mediana fortuna, en una palabra, los que la desdeñosa grandeza y el bello espíritu llaman *gentes vulgares y de mal tono*, hallan el secreto de di-

vertirse y de reir de mejor gana que no tantos entes soberbios, los cuales rara vez saben gozar de la vida. Todo placer es nuevo para la juventud y el hombre laborioso; la alegría se muestra sin disfraz y sin miedo; por otra parte el artesano ha adquirido con su trabajo el derecho de divertirse y alegrarse, y no el ocioso y desocupado, que tienen regularmente agotados todos los placeres. En fin, las gentes sencillas viven buenamente entre sí, y en la igualdad disfrutan del contento; en vez de que las personas de un orden elevado llevan consigo á sus partidas y concurrencias las pasiones tristes y ocultas de la envidia, del temor y del fastidio. Lo que se llama el *gran mundo*, se compone por lo comun de gentes que se disgustan y molestan recíprocamente, que las mas veces se detestan, y que sin embargo no pueden vivir unas sin otras.

La verdadera alegría no puede resultar sino es de la bondad del corazon, de la mutua complacencia y contento interior que se causa á los demas: nunca debe confundirse la alegría con la bulliciosa algazara de la intemperancia, ni con la disipacion tumultuaria, ni las borracheras de la disolucion. El hombre de bien es un hombre de gusto que usa de sus placeres con eleccion, decencia y moderacion; y nada encuentra de agradable en los placeres no sazoados por la razon.

El buen gusto es el hábito de conocer pronta-

mente las bellezas ó defectos de las producciones del entendimiento ó de las artes. El hombre de gusto es agradable en sociedad, porque ofrece al espíritu de los otros ideas escogidas, capaces de lisongear su imaginacion. En la poesia nuestra imaginacion es conmovida y excitada por una feliz eleccion de imágenes, de símiles y circunstancias capaces de fijar agradablemente la atencion. En la pintura el gusto nos complace, porque reúne las actitudes, situaciones y modos que nos causan una impresion viva y agradable.

El gusto moral, lo mismo que el que tiene las artes por objeto, es el hábito de penetrar y conocer sana y prontamente las bellezas y defectos, lo que conviene ó no en las acciones humanas; es decir, de conocer los grados de estimacion ó vituperio que merece la conducta del hombre. Este gusto es fruto de la razon, de la esperiencia y reflexion. En lo moral, un hombre de gusto es un hombre de un tacto fino y experimentado, que juzga con facilidad lo que merece aprobacion ó desprecio: de donde se infiere que lo que muchos moralistas han llamado instinto moral, lejos de ser una facultad *innata*, es una disposicion adquirida y muy rara.

En consecuencia, solo el hombre de bien, sociable y virtuoso es el que posee un buen talento, la ciencia verdaderamente útil, la verdadera alegría, y en fin un gusto delicado y

seguro en las cosas mas interesantes de la vida (1). Los perversos y viciosos son realmente hombres sin juicio, sin talento ni gusto, que pasan en la sociedad una vida inquieta y turbulenta, sin gozar en ella de los puros placeres, reservados á la sabiduría. En una palabra, todo nos prueba que si la felicidad puede ser atributo del hombre, toca esclusivamente al virtuoso, que siempre vive contento de sí mismo, y puede lisonjearse de complacer y agradar á sus semejantes.

(1) Algunos antiguos filósofos de la secta académica han reconocido una ligazon y conformidad entre el gusto de lo bello fisico y lo bello moral, y entre el amor del orden fisico y el amor de la virtud. Efectivamente, uno y otro dependen de la finura de los órganos, la cual constituye la sensibilidad. Debe presumirse, por lo comun, que el hombre que desatiende y descuida el orden en las cosas exteriores, ó es insensible á las bellezas físicas, no tiene una cabeza bien organizada. Todo en la naturaleza está ligado con imperceptibles eslabones. Es muy difícil que el buen gusto subsista bajo un gobierno despótico.

CAPITULO VIII.

De la Felicidad.

LA moral, como hemos debido convencernos, es el arte de hacer al hombre feliz por medio del conocimiento y práctica de sus deberes. « No son, dice Marco Aurelio (1), ni la elocuencia, » ni las riquezas, ni los placeres, ni la gloria » las que hacen feliz al hombre, sino sus acciones. Para que estas sean buenas, es menester conocer el bien y el mal; es menester saber para que ha nacido el hombre, » y cuales son sus deberes... Ser feliz es formarse uno á sí mismo una suerte agradable, » la cual consiste en las buenas disposiciones » del alma, en la práctica del bien, en el amor » de la virtud (1) ».

La felicidad es un estado constante é inalterable, que no se puede hallar ni en lo que

(1) Véanse las reflexiones morales del Emperador Marco Aurelio, lib. 8. §. 1.

(2) Aristóteles, en sus libros morales dirigidos á Nicomaco, dice que *ser feliz, bien obrar, y vivir bien son una sola y misma cosa*,... que lo bueno, lo honesto y lo agradable están estrechamente unidos sin poder jamas hallarse separados. Ciceron ha dicho que *la vida feliz y dichosa es el objeto único de toda la filosofía. Omnis summa philosophie ad beatè vivendum refertur*. Cicero, lib. 2. de Finibus. Inútil seria el hablar á los hombres de moral y virtud, si de ellas no les resultase el mayor bien: una virtud enteramente gratuita es una quimera poco seductora para los que apetecen y desean la felicidad por